



Jonathan Diez

El miedo: una dimensión desconocida en los conflictos sociales

CÉSAR BEDOYA G. Y LIZ PUMA A.*

Lo suscitado alrededor del proyecto minero Conga pone nuevamente sobre el tapete la recurrencia de los conflictos socio-ambientales en el país y su constancia desde aproximadamente mediados del año 2000 en adelante, como lo evidencian los registros de la Defensoría del Pueblo. El caso de Conga se suma a los conflictos emblemáticos en el sector: Tambogrande, que tuvo que ver con la amenaza al carácter agropecuario, el desarrollo comercial, agroindustrial y agroexportador de la zona;¹ Majaz, por la afectación al ecosistema, recursos hídricos y el desarrollo agropecuario; Quilish, por la amenaza al acuífero de la ciudad; Tía María, por el impacto sobre el recurso hídrico de la zona; La Oroya, por la contaminación atmosférica por plomo y daños a la salud humana; Santa Ana, por el temor a la contaminación de ríos y lagunas basado en experiencias previas de la región, denuncias de superposiciones de concesiones mineras e hidrocarburiíferas sobre zonas reservadas y de valor socio-cultural.²

En estos conflictos confluyen distintas causas o fuentes que los suscitan, sean de carácter estructural, relacional, cultural y personal. Cada una con diferente grado

de incidencia según las características contextuales de cada caso.

Un supuesto de entrada es que los conflictos son hechos consustanciales a la convivencia humana y, por tanto, al desenvolvimiento de la sociedad. En este punto cabe recordar que no hay democracia sin conflicto. Avanzamos poco si consideramos que los conflictos son una disfunción del sistema, que más bien hay que evitarlos a toda costa o asumir que no deben existir en el escenario social donde justamente conviven distintos grupos de interés. La preocupación central no debe estar en los conflictos en sí, sino en los mecanismos institucionales y las capacidades para procesarlos y hacerlos funcionales a la gobernabilidad democrática.

Otro supuesto básico es considerar que los conflictos socio-ambientales son hechos complejos cuyo desenvolvimiento no se puede reducir a la identificación de dos o tres variables fundamentales. A lo largo de la sinuosa línea de tiempo de un conflicto y sus distintas etapas confluyen con diferentes pesos las fuentes arriba señaladas: estructurales, relacionales, culturales y personales. Por lo general, cuando se da cuenta de los conflictos se suele prestar mayor atención a las fuentes de carácter estructural y relacional. Por un lado, está el tema de las condiciones de vida de los pobladores que se ven afectados en la disponibilidad de sus recursos; por ejemplo el agua, y en torno a este bien, la disputa sobre su uso, manejo y control. Por otro lado, y esto es muy notorio en el manejo de los medios de comunicación, el tema de los discursos

* C. Bedoya es sociólogo, profesor en la Facultad de Artes y Ciencias de la Comunicación de la PUCP y consultor asociado de ProDiálogo. L. Puma es egresada de la Facultad de Sociología de la UNFV. Actualmente cursa estudios en la Maestría en Ciencia Política y Gobierno de la PUCP.

1 José De Echave y otros, *Minería y conflicto social*. Lima: IEP, CIPCA, CBC, CIES, 2009.

2 Programa de Vigilancia Ciudadana, "Minería y conflicto en Puno". Lima: Grupo Propuesta Ciudadana, 2011.

de los actores involucrados y su reducción a si el proyecto en cuestión va o no va. Discursos que podemos rescatar de los medios y que expresan las subjetividades que subyacen en los individuos, además de las conocidas demandas de carácter estructural: “Las empresas vienen para sacar el oro y se van como en la época de la Colonia y la gente se siente burlada”,³ “para afuera se habla de desarrollo y de lucha contra la pobreza y la exclusión, pero a los pueblos y comunidades indígenas se nos quiere mantener en altos niveles de exclusión”, “ya hemos sido calificados como ‘perros del hortelano’, luego ‘ciudadanos de segunda clase’ y ahora nos quieren desplazar de nuestros territorios a rajatabla en nombre del desarrollo”,⁴ “Alan, tú eres el culpable porque nos has exterminado, nos estás matando, nos estás vendiendo”.⁵

Hace unos años, un informe de la Defensoría del Pueblo⁶ señalaba que las causas de los conflictos son múltiples y complejas, pasando luego a listarlas. La primera causa mencionada era el “temor justificado de la población a la potencial contaminación que pueden ocasionar las actividades extractivas” (p. 11). Lo singular es que dicho temor está vinculado también a las expectativas de eventual beneficio que la actividad extractiva puede proveer, generándose así una suerte de afecto ambivalente que tiene que ser tramitado internamente tanto de manera individual como colectiva.

En una investigación realizada por el Instituto de Estudios Peruanos,⁷ tal ambivalencia es simbolizada desde su título: *Te quiero, pero no*. Nuevamente, se reconocía la posibilidad de beneficio, pero alternando con el temor a los posibles efectos nocivos para las familias vecinas a la actividad extractiva. El temor fundamental es a la contaminación y a que esta perjudique la

vida cotidiana de las personas y su entorno. En las entrevistas presentadas en el citado estudio se alude a enfermedades desconocidas, la muerte del ganado, la afectación de los cultivos y la carencia de agua, entre otros temas.

Otro estudio realizado por Centrum⁸ sobre la actividad minera y su relación con las comunidades propone una serie de hipótesis que buscan explicar la intención de una comunidad de aceptar o no la actividad extractiva. Una de ellas plantea que a mayor percepción de riesgo para la salud y el medio ambiente, habrá menor intención de los pobladores de la comunidad de apoyar el establecimiento de la operación minera. Aplicados los instrumentos estadísticos para medir el grado de correlación entre una y otra variable, se demostró una relación significativa que en efecto lleva a afirmar que a mayor riesgo percibido, menor intención de apoyo.

El temor, el miedo, el pánico, son dimensiones personales/colectivas muy poco reconocidas o atendidas en los análisis del conflicto y que pueden jugar un efecto directo sobre el imaginario, la conducta del individuo y del grupo. Al decir de Jean-Pierre Dupuy, pueden operar como un estado mental que diluye la conciencia individual en un gran todo o

3 Véase <<http://www.americaeconomia.com/negocios-industrias/pobladores-y-policias-chocan-por-proyecto-minero-conga-en-el-peru>>.

4 Véase <<http://servindi.org/actualidad/23484>>.

5 Véase <<http://www.youtube.com/watch?v=cq6Yh7V7nkk>>.

6 Defensoría del Pueblo, “Los conflictos socioambientales por actividades extractivas en el Perú”. Serie Informes Extraordinarios. Informe n.º 2. Lima, 2007.

7 Roxana Barrantes, Patricia Zárate y Anahí Durand, *Te quiero, pero no. Minería, desarrollo y poblaciones locales*. Lima: IEP/Oxfam, 2005.

8 Ricardo Pino y otros, “La actividad minera y su relación con las comunidades. Un estudio exploratorio en el Perú”. Lima: Centrum-Pearson, 2010.



Hugo Carrillo

La histórica irresponsabilidad de las empresas extractivas en la sierra ha sembrado desconfianza en las poblaciones andinas.

“alma colectiva” y cuya fusión puede llevar consigo la pérdida de todo sentido crítico y el desmoronamiento de la capacidad de juicio, razonamiento, toma de decisiones, así como la desaparición de las facultades afectivas (simpatía, solidaridad, amor).⁹

Como señala un libro fundamental editado por la Universidad Católica y el SIDEA,¹⁰ son pocas las investigaciones que utilizan de manera explícita los términos miedo o temor. Se hacen estudios sobre la violencia, las tensiones sociales, el impacto de los fenómenos naturales o las manifestaciones de lo sobrenatural, pero sin utilizar tales nociones. El texto plantea que el sustento general de los estudios sobre el miedo se encuentra en la relación permanente e inexorable del individuo y de las sociedades en su conjunto con el miedo. Ese elemento es inherente a la naturaleza de los seres humanos y está presente a lo largo de toda su existencia; el problema es que tiene múltiples caras y se va modificando en una intensa dinámica durante el paso del tiempo. De miedos básicos que reposan sobre los niveles instintivos de la naturaleza humana, hacia la emergencia de múltiples miedos de sofisticada constitución (p. 24).

Qué hace el sujeto cuando recibe el susto que produce un acontecimiento destinado a devenir en traumático, se pregunta Silvia Bleichmar.¹¹ Inmediatamente emerge la angustia, después que emerge la angustia organiza el miedo. ¿Qué quiere decir “organizar el miedo”? Que estructura las defensas para poder enfrentar eso temido y darle un sentido para no ser nuevamente tomado o sobrecogido por la ausencia de representación de lo que puede ocurrir. En tal sentido, cada sujeto estructura, respecto al traumatismo, una organización que le permite posicionarse

en relación con la comprensión simbólica de este, pero tal comprensión siempre está tejida con la materialidad representacional, ideológica... del horizonte que le ofrece su historia en el marco de la sociedad de pertenencia (pp. 44-45).

Son varios los elementos en juego. La incertidumbre, la inseguridad, el temor, el miedo, todos ligados al acontecimiento desconocido, del que no se conoce necesariamente su alcance, impacto, duración, capacidad para enfrentarlo. Lo que complejiza el escenario es que a estos afectos se les liga también, como anotábamos líneas arriba, las expectativas de eventuales beneficios, creándose un singular nudo entre lo que uno puede esperar de la presencia de una actividad como la extractiva en términos negativos como positivos. Desatar este nudo implica atender seriamente los temores y miedos generados en la población y buscar su abordaje. Todas las fuentes del conflicto juegan un papel y tienen importancia al configurarlo.

Entre los discursos que expresan el temor y la ambivalencia de las actividades mineras para los actores, podemos rescatar el acta de la mesa de trabajo en Chumbivilcas suscrita entre el gobierno, las autoridades y los representantes de la sociedad civil,¹² donde las comunidades manifiestan “que en el río Molino no se encuentra ningún organismo vivo, que

9 Jean Pierre Dupuy, *El pánico*. Barcelona: Gedisa, 1999.

10 Claudia Rosas, editora, *El miedo en el Perú. Siglos XVI al XX*. Lima: PUCP-SIDEA, 2005.

11 Silvia Bleichmar, “Conceptualización de catástrofe social. Límites y encrucijadas”. En: Daniel Wasbrot y otros, *Clínica psicoanalítica ante las catástrofes sociales*. Buenos Aires: Paidós, 2003.

12 Acta de la mesa de trabajo suscrita el 8 de febrero del 2012 en el salón consistorial del Municipio Provincial de Chumbivilcas a raíz del conflicto entre la empresas mineras Anabi y Ares y la comunidad de Llusco.

se cuenta con centenares de muertes de animales". En otros casos emblemáticos se afirma: "En las quebradas se está reduciendo el agua, algunos manantiales se están secando, algunas lagunas de igual manera... algunas lagunas lo están llevando a otro lugar con bombeo",¹³ "si nosotros queremos vivir más años, hay que proteger nuestras aguas porque de lo contrario estaremos muertos en vida",¹⁴ "el agua está contaminado por reactivos químicos, si está contaminado ese río, automáticamente está contaminando la agricultura",¹⁵ "no tenemos agua para nosotros y vamos a tener para darle a una mina, por eso pedimos justicia".¹⁶

Casi por defecto, podría considerarse que el instrumento fundamental para abordar los temores de la población frente a la presencia de una actividad que va a tener impactos de distinta índole (ambientales, económicos, sociales, culturales, etc.) sería una "buena comunicación". Pero pensamos que va más allá. No solo los discursos pueden generar seguridad, sino también las conductas, las actitudes de los actores involucrados, el cumplimiento responsable de sus roles y atribuciones. Se suele pensar que una buena estrategia de marketing, comunicación estratégica o corporativa puede diluir los temores de la población, pero no creemos que priorizando dicha dimensión del vínculo este aspecto quede "bajo control".

13 Véase <<http://www.youtube.com/watch?v=C6LYHoGBUI&feature=related>>.

14 Véase <http://www.youtube.com/watch?v=LEsp_UHYlig&feature=related>.

15 Véase <<http://www.youtube.com/watch?v=zqUK73Eijdc&feature=related>>.

16 Véase <<http://www.youtube.com/watch?v=8UHPtA-EEY8&feature=related>>.

17 Sigmund Freud, "Lo siniestro". En: *Obras completas*, tomo III. Madrid: Editorial Biblioteca Nueva, 1996, pp. 2483-2505.

Los temores y miedos configurados en los individuos y/o colectividades pueden estar tocando fibras más profundas y activando sensaciones como "lo siniestro", lo que, al decir de Freud,¹⁷ no sería necesariamente nada nuevo como acontecimiento psíquico sino, más bien, algo que fue familiar a la vida psíquica del sujeto pero que por determinadas circunstancias se volvió extraño y quedó anegado en el campo de lo inconsciente.

En el campo de los conflictos sociales en general y socio-ambientales en particular, se sigue restando importancia al impacto que dichas circunstancias generan sobre la vida mental del individuo y del grupo. Son las variables más "duras" las que suelen concentrar el interés: los recursos en disputa, los discursos de los agentes, las relaciones de poder. A partir de esta lectura, planteamos como tareas pendientes de los actores sociales, políticos y empresariales las siguientes: (i) por el lado del Estado, generar confianza a través de la utilización de recursos técnicos y políticos, el fortalecimiento institucional de las instancias de abordaje de conflictos a nivel nacional y subnacional, y la promoción de mecanismos de comunicación clara y oportuna; (ii) por el lado de las empresas, considerar de manera conjunta como política institucional el establecimiento de espacios/procesos de diálogo continuo para procesar los problemas que surgen de la relación entre la comunidad y el proyecto minero; y (iii) la sociedad civil, ejercer un rol activo en la defensa de derechos, la fiscalización y la participación. El lazo social debería instituirse sobre la base del reconocimiento mutuo de necesidades, intereses y percepciones que pueden ser distintas, pero también confluyentes. ■